

## **Sujetos e instrumentos de lucha en el capitalismo argentino contemporáneo (1975 – 2005)**

Nicolás Iñigo Carrera<sup>1</sup>

### **Expansión en extensión, expansión en profundidad y descomposición**

Dos hechos constituyen la fisonomía y naturaleza de Argentina: el capitalismo, medido por la extensión de sus relaciones sociales, se encuentra desarrollado, pero por su condición de país dependiente, las contradicciones propias de esta sociedad no pueden ser descargadas sobre otros países.

El desarrollo del capitalismo en Argentina ha sido precoz con relación al de otros países latinoamericanos: a fines del siglo XIX, más de la mitad de la población se encontraba en la posición de *proletariado y semiproletariado* (Ortiz 1964), y la expansión del capitalismo predominantemente en extensión hasta mediados de la década de 1950 incorporó al dominio de la relación *capital – trabajo asalariado* a crecientes masas de población y tuvo su correlato, en el campo de las relaciones políticas, en el proceso de ciudadanía de los trabajadores que culminó con el peronismo. Hacia los años '50 el capitalismo argentino comenzó a desarrollarse predominantemente en profundidad, sobre territorios sociales donde ya predominaban las relaciones capitalistas, emergiendo como dominante la oligarquía financiera (personificación del capital más concentrado, fusión del capital industrial y el capital bancario en condiciones monopólicas), que, desde 1976, logró imponer su interés al conjunto de la sociedad.

El agotamiento del desarrollo del capitalismo en extensión a partir dio lugar a la formación de tres fuerzas sociales en diferentes grados de constitución, en un proceso de confrontación que culminó en la década de 1970. La burguesía personificación del capital más concentrado, devenida oligarquía financiera, entrelazada con el capital concentrado a nivel internacional, expresa y propugna el desarrollo del capitalismo en nuevas condiciones: economía de mercado, apertura al mercado mundial, libre juego de la competencia que refuerza el poder monopólico del capital más concentrado. Enfrentó a la burguesía menos concentrada y su programa de defensa del mercado interno, apuntando a destruir el andamiaje de subsidios y protecciones que desde el aparato estatal le permitían subsistir, para dirigirlo en favor de la propia oligarquía financiera. Esta segunda fuerza, que, al menos en su discurso, soñaba con un retorno a la Argentina

---

<sup>1</sup> Investigador de CONICET / Universidad de Buenos Aires / PIMSA ([www.pimsa.secyt.gov.ar](http://www.pimsa.secyt.gov.ar))

de Perón, tenía su base en el movimiento obrero organizado sindicalmente, aunque hubiera en él fracciones que buscaban ya un lugar en la Argentina del capital financiero. La tercera fuerza expresaba el interés histórico de la clase obrera: la construcción de una sociedad socialista. Como siempre ha ocurrido en la historia, cuando la confrontación entre los intereses pone en juego el lugar, y aun la existencia misma, de clases y fracciones sociales, cuando se define la forma de organización social que ha de regir por un período más o menos largo, las fuerzas sociales utilizan todos sus recursos y la situación se define mediante el uso de la fuerza armada. De allí el proceso de guerra civil, más o menos asumida, más o menos encubierta, según los momentos, que se desarrolló en los años '70.

El triunfo de la fuerza acaudillada por la oligarquía financiera significó la imposición del llamado “modelo neoliberal”. Durante el gobierno de Isabel Perón, un intento fue derrotado en junio y julio de 1975 por la movilización de los trabajadores; el golpe de estado del 24 de marzo de 1976 permitió finalmente imponerlo por la fuerza de las armas. Los siguientes treinta años han contemplado su desarrollo y el intento por construir el necesario consenso. A partir de diciembre de 1983, cuando los cuadros militares fueron reemplazados en el gobierno por los cuadros políticos, se desarrolló el dominio de la oligarquía financiera hasta llegar a hacerse hegemónica después de las hiperinflaciones de 1989 y 1990<sup>2</sup>. Los hechos que culminaron en la *insurrección espontánea* de diciembre de 2001 afectaron esa hegemonía; sin embargo, aunque se modificó la alianza social en el gobierno, puede recomponerse.

La expansión del capitalismo argentino en esta fase es, a la vez, la de su descomposición, claramente manifiesta en el crecimiento de una población sobrante para las necesidades del capital. Esa masa de población, encubierta en buena medida en los '70 y primera mitad de los '80 bajo el empleo estatal, se manifestó como creciente desocupación abierta a partir de 1988, en que la desocupación rompió su techo histórico y nunca volvió a sus niveles anteriores; actualmente aparece como población “subsidiada”. Los subsidios, con distintos nombres (Caja PAN, Plan Trabajar, Jefas y Jefes de Hogar y otros) se vienen sucediendo desde la década de 1980, mostrando que una importante proporción de la población argentina, expropiada de sus condiciones materiales de existencia, tampoco puede obtener sus medios de vida bajo la forma del salario (Iñigo Carrera y Podestá, 1997). Es decir, que no puede reproducir su vida en las

---

<sup>2</sup> Hitos en esa construcción fueron la manera en que se resolvió la guerra contra Gran Bretaña y Estados Unidos en las Malvinas y el acuerdo que permitió la salida del gobierno militar.

relaciones sociales propias del sistema capitalista y constituye esa capa de la clase obrera sumida en el pauperismo y que, subsidiada, es constituida como *pauperismo oficial*. El capitalismo argentino se reproduce en condiciones tales que una creciente masa de población no encuentra lugar para existir en las condiciones consideradas socialmente normales del régimen de producción dominante.

En los últimos treinta años se desarrolló un proceso de proletarización y pauperización de la mayoría de la población, que se corresponde con una centralización de la riqueza de que se apropia la personificación del capital más concentrado y una parte de la pequeña burguesía acomodada. Con la centralización de la propiedad y la riqueza, se da una nueva articulación entre el capitalismo de estado y el capitalismo de economía privada, con la consiguiente regulación de la actividad económica por los grupos económicos monopolistas, mediante políticas de gobierno.

### **La situación de la clase obrera**

Para la clase obrera (los expropiados de sus condiciones materiales de existencia que sólo pueden obtener sus medios de vida bajo la forma del salario, lo obtengan o no), la *Argentina moderna* puede resumirse en *máxima jornada de trabajo con mínimo salario* y pérdida de condiciones de trabajo y de vida históricamente conquistadas, para la parte que consigue vender su fuerza de trabajo, mientras crece la parte que, imposibilitada de obtener esos medios de vida, se hunde en el pauperismo, mientras crece la miseria consolidada.

No fue ésta la caracterización de la situación que predominó desde los años '80 entre la casi totalidad de los académicos y la mayoría del mundo político, incluyendo una parte de la izquierda y la llamada "centroizquierda". La ofensiva capitalista dirigida por los cuadros del capital más concentrado, desarrollada desde la década de 1970 a nivel internacional para contrarrestar el avance de las luchas obreras y populares y la caída de la tasa de ganancia, no se limitó a incentivar el desarrollo tecnológico ni a victorias políticas y sindicales (la huelga de los mineros en Inglaterra, de los controladores aéreos en los EEUU, el uso de la fuerza armada en América Latina). Esa ofensiva, se desplegó en el campo intelectual utilizando el discurso de la desaparición o pérdida de centralidad de la clase obrera, dirigido a debilitar y aislar las luchas de los trabajadores. El lugar de la clase obrera pasaba a ser ocupado por "nuevos movimientos sociales".

En Argentina, donde la ofensiva encabezada por la oligarquía financiera había transformado drásticamente algunos rasgos de la fisonomía del capitalismo, aunque no su naturaleza, ese discurso tuvo una fuerte acogida. En la década de 1990 se potenciaron otras tres falacias: los obreros no luchan y la huelga desaparece como forma de lucha; las huelgas sólo se realizan en el marco de disputas político partidarias, contra los gobiernos de la UCR; los efectos de las luchas son nulos porque son siempre derrotadas. Cada una de estas afirmaciones constituyó una trinchera, a la que los ideólogos del capital iban retrocediendo, cuando la realidad los forzaba a aceptar un aspecto de lo que acababan de negar: “la clase obrera tiende a desaparecer”, “aceptado que existe, no lucha”, “si lucha lo hace sólo frente a gobiernos no peronistas”, “su lucha fracasa”.

El entusiasmo por “lo nuevo”, que parece invadir a los investigadores de las ciencias sociales y los lleva a calificar como “nuevo” a casi cualquier fenómeno, reforzó el discurso que apuntaba a aislar a la clase obrera, en particular a la parte de ella organizada sindicalmente.

Al mismo tiempo, el discurso de la clase dominante consiguió generalizar y apropiarse de la caracterización crítica acerca de los dirigentes o funcionarios de las organizaciones sindicales, caracterizadas como “burócratas” y “corruptos”, sin que ello implicara, en la práctica de empresarios y gobiernos, dejarlos de lado como interlocutores. Así como la discusión acerca de la disminución o no de la clase obrera obstaculizó el conocimiento acerca de sus transformaciones reales, el discurso acerca de la burocratización y corrupción sindical (consideradas al margen y no como inherentes a la forma de organización vigente en el conjunto de la sociedad y la construcción del consenso) contribuyó a obstaculizar el conocimiento acerca de las características y el peso real del movimiento obrero organizado sindicalmente. Las prácticas de muchas organizaciones sindicales alimentaron ampliamente esa caracterización.

El grado de afiliación sindical en Argentina está entre los más altos del mundo. Y las variaciones en este aspecto no son significativas. A mediados de la década de 1970 aproximadamente la mitad de los asalariados estaba afiliada a sindicatos, y las medidas del gobierno militar no lograron que esa proporción se modificara: en 1984 el 47,5% de los asalariados estaba afiliado a sindicatos (Iñigo Carrera y Donaire, 2002); en 2005 el 36% de los asalariados en blanco del sector privado estaban sindicalizados (y el 83% está dentro de los convenios colectivos), proporción que se eleva al 67% si se considera a los asalariados estatales (Bermúdez, 2005). El debilitamiento del

movimiento sindical aparece cuando se compara con el momento en que la conjunción de las más diversas orientaciones políticas e ideológicas logro frenar, en 1975, la política de la oligarquía financiera; o con la década de 1980, cuando las concentraciones convocadas por la CGT podían llegar a reunir 150.000 personas en Plaza de Mayo (Iñigo Carrera, 2001) y el 10,2% de los diputados nacionales estaban directamente vinculados a los sindicatos (Senén González y Bosoer, 1999). Sin embargo, la organización sindical de los trabajadores mantuvo su peso en las luchas sociales de la década de 1990.

### **Las luchas obreras 1976 - 2005**

Entre 1979 y 2005 ha habido 40 huelgas generales nacionales<sup>3</sup>.

A pesar de las condiciones en que debieron desarrollarse (sindicatos intervenidos, CGT disuelta, dirigentes presos, militantes desaparecidos, fábricas ocupadas por tropas) la huelga y otras formas de lucha (incluyendo sabotaje y ocupaciones de fábricas) no desaparecieron durante el gobierno militar. Entre 1976 y 1980 se registraron 820584 huelguistas en 361 huelgas (Fernández, 1985). Aun en el apogeo del gobierno militar, en 1979 y 1981, si bien imbricadas en las luchas en las alturas, hubo dos huelgas generales; y tres más antes del reemplazo de los militares por los políticos en la administración del gobierno.

El recorte interpretativo, vinculado a las falacias referidas anteriormente, ha hecho de las trece huelgas generales realizadas durante el gobierno radical de 1983 – 1989 un hecho de conocimiento común. Mucho menos se recuerdan las nueve huelgas generales declaradas durante los años de gobierno justicialista (1989 – 1999), a pesar de la histórica vinculación entre el partido gobernante y la orientación predominante en el movimiento sindical; en 1996 una de estas huelgas reunió a 70.000 personas en Plaza de Mayo, en la segunda más numerosa movilización política de la década, y la amenaza de la CGT de declarar una huelga por tiempo indeterminado contribuyó a frenar las reformas neoliberales. Ocho huelgas generales fueron convocadas durante el siguiente gobierno radical (1999 – 2001). El retorno del PJ al gobierno, con Duhalde primero y Kirchner después, cambió algunos rasgos de la situación general, pero el cambio parcial

---

<sup>3</sup> Las metas planteadas por las centrales sindicales muestran que, como tiende a ser general en la organización sindical, las tres se ocupan del *interés del asalariado*, es decir del trabajador en tanto atributo del capital, y no del *interés del expropiado*.

de la política económica se realizó con grandes presiones cruzadas y en 2002 se realizaron tres huelgas generales. Casi todas las huelgas del período recibieron la adhesión efectiva de más del 50% de los trabajadores y varias de más del 90%, y, cuando fueron convocadas “con movilización”, articularon en todo el país, la rebelión<sup>4</sup> de distintas fracciones y capas de la clase obrera, incluyendo los más pobres, de sus partes ocupada y desocupada, y de fracciones de la pequeña burguesía.

A pesar de las muy desfavorables condiciones creadas por la desocupación (entre 10 y 23% en las cifras oficiales) y por la larga depresión y después crisis económica que se extendió a partir de 1997, las huelgas tuvieron su parte en la protesta social<sup>5</sup>. Pero no debe perderse de vista que las transformaciones cualitativas producidas por el desarrollo del capitalismo modificaron también a los sujetos y formas de la rebelión: las huelgas pasaron de ser el 27,2% de los hechos de rebelión en 1994 al 4,7% en 2002; con la salida de la crisis económica, en 2004, las huelgas constituían el 16% de los hechos de rebelión; en 2005 eran un quinto, y casi alcanzaban su peso de 1994; en 2006 constituyeron el 12,8%<sup>6</sup>.

Los trabajadores industriales, que ocuparon el primer lugar como huelguistas en 1994 (30,6%), ocuparon el sexto en 2004 (2,2%) y el cuarto en 2005 (9,2%) y en 2006 (10%). Esto se debe a la disminución en el número de trabajadores industriales, pero también a que en las grandes plantas, con relativamente pocos trabajadores, el simple atisbo de un conflicto hace que las patronales y gobierno prefirieran negociar para evitar la huelga.

Los asalariados estatales, parte de ellos población sobrante, tuvieron un lugar preponderante en la rebelión, y realizaron, entre 1993 y 2001, aproximadamente el 60% de los hechos<sup>7</sup>. Y protagonizaron los *motines* (por ejemplo, en Santiago del Estero y La Rioja en 1993), en que fueron atacadas las sedes de los tres poderes del gobierno, en varias provincias. Ya en 1990 habían forzado la renuncia de varios gobernadores (Jujuy,

---

<sup>4</sup> Uso *rebelión* en el sentido de Engels (1965). Más precisa que *conflicto* porque parte de las clases sociales en confrontación, y más abarcadora que *protesta* y *lucha* porque contiene a ambas. La *protesta*, sea individual o colectiva, no ataca la raíz de la situación que se quiere modificar; la *lucha* sí y es, por definición, política.

<sup>5</sup> Todos los años la causa más frecuente de huelga fue “salarios”. Aún en 1997 y 1998, con la depresión económica, “Otras causas” ganaron importancia pero no superaron a “salarios”. En 1998 y 2001 la oposición a “políticas laborales y económicas” tuvo importancia, pero desapareció totalmente a partir de 2004. En 2002 “Salarios”, como en los años anteriores, no refería principalmente a “aumentos salariales” sino a “salarios atrasados”, pero esto cambió desde 2004.

<sup>6</sup> Elaboración sobre Base de Datos de Pimsa. 2006 es hasta septiembre.

<sup>7</sup> Los asalariados de empresas privadas hicieron alrededor del 25%. El resto corresponde a combinaciones (Cotarelo y Iñigo Carrera, 2004).

Santa Cruz, Chubut). Pero no abandonaron los instrumentos históricos de lucha: los asalariados estatales realizaron el 47% de las huelgas en 1994, el 73% de las huelgas en 2001, 76% en 2002, 70% en 2004 y 2005; bajaron a 60,2% en 2006 por el crecimiento de las huelgas de los privados.

Los trabajadores de la salud, educación y administración pública están la cabeza por el número de conflictos laborales. Esto se debe a cierta disminución en el número de trabajadores industriales y al crecimiento de la superpoblación relativa empleada o atendida por los trabajadores estatales. Pero también al hecho de que el ahora menor número de obreros industriales tiene ahora mayor fuerza de negociación para lograr mejorar su situación sin llegar a la huelga.

Formas que habían sido menos que secundarias en la historia argentina, pasaron en determinados momentos a ocupar el primer plano. Por ejemplo, cuando el dinero, mediación de todas las relaciones sociales en el capitalismo, desapareció por la hiperinflación y se produjo la *revuelta del hambre* en 1989 y 1990 (Iñigo Carrera, Cotarelo, Gómez y Kindgard); lo mismo en 2001, con el “corralito”<sup>8</sup>, en el contexto de la *insurrección espontánea*; en ambas oportunidades, la capa más pobre de la sociedad no pudo obtener sus medios de vida imprescindibles dentro el marco jurídico vigente y sólo pudo hacerlo mediante el delito.

Otra forma que pasó a ocupar un lugar destacado fue la *toma y defensa de una posición*, los llamados “cortes de ruta”. Aunque este instrumento tiene una larga historia en Argentina, asociado sobre todo a las luchas protagonizadas por pequeños propietarios rurales, a partir de 1996 fue utilizado por los desocupados, hasta llegar a ser identificados, sin que eso se corresponda con la realidad, instrumento y sujeto: los “cortes” masivos, que se constituyeron en hitos en el ciclo de rebelión de los '90 (por ejemplo, Cutral-Có, Jujuy, Tartagal-Mosconi, Corrientes), fueron llevados adelante por asalariados ocupados y desocupados y pequeños propietarios, y los asalariados ocupados fueron el principal “cortador” de rutas entre diciembre de 1993 y agosto de 1997 (35,3%) mientras que los desocupados protagonizaron el 15,4%; si se extiende el lapso hasta octubre de 1999 el primer lugar lo ocupó la pequeña burguesía (47,6%), seguida por los asalariados ocupados (25%) y desocupados (6,6%); sólo a comienzos de 2001 los desocupados alcanzaron el primer lugar (34,3%), seguidos por la pequeña burguesía (33,3%) y los asalariados ocupados (19,1%) (Iñigo Carrera y Cotarelo, 2002).

---

<sup>8</sup> El corralito afectó no sólo a los “ahorristas” sino a los asalariados y a los pobres, forzados a realizar todas las transacciones económicas a través de los bancos, e impedidos de retirar dinero.

El crecimiento de la parte más visible de la población sobrante para el capital, la que está abiertamente desocupada, hace que vaya adquiriendo protagonismo en una magnitud hasta ahora desconocida. Algunas de las movilizaciones convocadas por las organizaciones que agrupan principalmente a los desocupados (las llamadas “organizaciones piqueteras”) llegaron en 2001 a cumplir el mismo papel articulador que tienen las *huelgas generales con movilización*, convocando a miles de trabajadores ocupados y desocupados<sup>9</sup>. La organización de los desocupados fue una refutación práctica del discurso que la consideraba imposible en esa parte de la clase obrera: en apenas cuatro años realizaron un enorme avance en la organización sistemática de la lucha. Su capacidad de convocatoria se extendió al año 2002, pero fue perdiendo peso en los años siguientes.

### **Los sujetos de la rebelión**

Del total de 7643 hechos de rebelión que registramos entre diciembre de 1993 y diciembre de 2001, 55,7% fueron realizados por Asalariados, 9,8% por la Pequeña burguesía, 8,4% por Estudiantes, 5,7% por Pobres. De los hechos realizados por Asalariados (4256), el 66,7% corresponden a Asalariados Ocupados y 17,5% a Desocupados. También es contundente observar quiénes convocaron: el 37,2% de los hechos fue convocado por organizaciones sindicales, el 7,2% por organizaciones empresarias, 7% por organizaciones político-sindicales o de desocupados, 6,8% por organizaciones estudiantiles y hubo 6,3% de hechos sin convocatoria (espontáneos); los “nuevos movimientos sociales” quedaron subsumidos en “Otros” (6,9%).

Los Asalariados ocuparon el primer lugar en los tres Momentos<sup>10</sup> delimitados por la investigación (61,4%, 39,9% y 54,9%) y que, dentro de ellos, fueron los Ocupados los principales sujetos de la rebelión (78,4%, 83,1% y 60,7%). Sólo en 2002 los Desocupados realizaron más hechos que los Ocupados.

En lo que hace a la rebelión, observada en sus manifestaciones en las calles, los llamados “nuevos movimientos sociales” han resultado poco menos que irrelevantes.

### **Conclusiones**

---

<sup>9</sup> Por ejemplo, en julio de ese año hubo 184 cortes de ruta; 34,2% durante la huelga general del día 19, y 48,9% durante la llamada “Primera Jornada Piquetera”.

<sup>10</sup> Los tres momentos son: I Ascendente (diciembre de 1993 a agosto 1997), II Descendente (septiembre 1997 a diciembre 1999), III Ascendente (Enero 2000 a diciembre 2001). (Cotarelo y Iñigo Carrera, 2004).

Hemos tratado de señalar la relación entre el desarrollo del capitalismo y las modificaciones en las formas y sujetos de la rebelión. El interrogante que debemos plantearnos es en qué medida los rasgos de la rebelión que hemos registrado son manifestación del movimiento orgánico, estructural, del capitalismo argentino o si sólo han sido resultado pasajero de la política “neoliberal” y de la crisis económica.

El crecimiento de la superpoblación, sea en su parte más visible, los desocupados, sea bajo formas encubiertas, hace hoy a la naturaleza del capitalismo argentino. Es por eso que difícilmente la organización de los desocupados desaparezca de la escena política. Y se potenciará con la próxima crisis. Pero también hemos mostrado cómo los trabajadores asalariados ocupados, a lo largo de todo el período considerado, han tenido el papel principal en las luchas políticas y sociales. Durante los '90 la huelga perdió espacio frente a otras formas de lucha como los cortes de ruta y ollas populares. Pero, en la mayoría de las huelgas generales distintas fracciones realizaron cortes y ollas; esta vinculación no es nueva pero sí adquirió más fuerza debido a: a) la presencia de los desocupados, que no pueden hacer huelga pero sí cortes y ollas populares, b) en la medida en que las direcciones sindicales fueron renuentes a llamar a la huelga los trabajadores organizados localmente o en el lugar de trabajo encontraron más fácil utilizar el corte o la olla como instrumentos. A la vez estos instrumentos permitían unir a otras fracciones de pobres y desocupados.

La situación cambió con la reactivación económica y el cambio de política económica: desaparecieron las huelgas generales, pero las huelgas por rama o por empresa recuperaron, al menos en parte, su peso histórico.

## **Bibliografía**

BERMÚDEZ, Ismael; “Argentina está entre los países más sindicalizados del mundo”; en *Clarín*, 29/8/2005. Datos del Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.

COTARELO, María Celia y IÑIGO CARRERA, Nicolás; *Algunos rasgos de la rebelión en Argentina. 1993 – 2001*; Buenos Aires, Pimsa, 2004.

ENGELS; *La situación de la clase obrera en Inglaterra*; Buenos Aires, Futuro, 1965.

FERNÁNDEZ, Arturo; *Las prácticas sociales del sindicalismo. 1976 – 1982*; Buenos Aires, Cedral, 1985.

IÑIGO CARRERA, Nicolás; COTARELO, María Celia; GÓMEZ, Elizabeth y KINDGARD, Federico; *La revuelta. Argentina, 1989/90*; Buenos Aires, Pimsa, 1995.

IÑIGO CARRERA, Nicolás y PODESTÁ, Jorge; “Las nuevas condiciones en la disposición de fuerzas sociales objetiva”; en Pimsa, Buenos Aires, N° 1, 1997.

IÑIGO CARRERA, Nicolás; “Las huelgas generales. Argentina 1983-2001”; en Pimsa, Año V, N° 5; Buenos Aires, 2001.

IÑIGO CARRERA, Nicolás y COTARELO, María Celia; “Luchas sociales en la Argentina actual (1993-2001)”; en *Bajo el Volcán*, Puebla (México), Año 3, N° 5, 2002.

IÑIGO CARRERA, Nicolás y DONAIRE, Ricardo; “¿Qué interés se manifiesta en las centrales sindicales argentinas?”; en Pimsa, Año VI, N° 6, Buenos Aires, 2002.

ORTIZ, Ricardo; *Historia Económica de la Argentina 1850 – 1930*; Buenos Aires, Ed. Pampa y Cielo, 1964.

SENÉN GONZÁLEZ, Santiago y BOSOER, Fabián; *El sindicalismo en tiempos de Menem*; Buenos Aires, Corregidor, 1999.